

Empezaré por presentarme, me llamo Alba.

Llegué a casa con los últimos documentos del papeleo en la clínica veterinaria, lo último de lo último, el carpetazo final, ya no me queda nada pendiente de mi vida de estudiante. Después de 5 años y medio había acabado definitivamente la carrera con unas notas bastante aceptables, aunque no brillantes (como diría mi tía), pero es que yo tenía prisa por acabar, prisa por vivir, prisa por cambiar. Siempre me ha pasado, siempre he mirado con anhelo hacia delante, hacia lo que tendría que pasar.

El medio año en la clínica realizando las prácticas de mi carrera había agotado todas mis energías, necesitaba un cambio radical y lo necesitaba cuanto antes. No era capaz de ver ni un gato, perro, tortuga o loro más. Estaba empezando a sentir repulsión por los estudios que escogí años antes con tanta ilusión, aquellos con los que quería labrar mi futuro.

Según entro por casa Oli, mi perro, me saluda con efusividad, y yo a él más, ¡claro! Sin duda tengo frente a mí al ser que mejor me conoce de este mundo. Mis tíos aún no han llegado de sus actividades de la tarde así que tengo vía libre en la cocina y en el baño.

Esta noche promete ser algo épico, una de esas noches llenas de anécdotas que no nos cansamos de recordar cuando estamos

todas juntas. Solo nos ha fallado una de las del grupo, la pobre Rita, tiene una crisis alérgica que es para verla..., ojos inyectados en sangre, nariz roja como un tomate y erupciones de rascarse por todo el cuerpo. Pase ayer a despedirla antes de quedar con Alex, ella a pesar de su mal cuerpo tuvo energía para decirme mirándome a los ojos: “Comete el mundo Alba”. Siento en el alma que no salga hoy, pero una parte de mí se alivia pensando que sin ella no nos dará por llorar cuando llevemos tres copas de más porque Rita es la que siempre recuerda todo, la que siempre añora el pasado y la que no escatima en lágrimas para demostrar su amor fraternal en lo más álgido de la borrachera.

Las que nos juntamos los fines de semana, las del grupo, nos conocemos desde el instituto. Si no nos unieran las mismas energías por vivir y por disfrutar juntas nadie podría asociarnos como amigas ya que prácticamente no tenemos nada en común más que la edad. Ni el estilo de vestir (que varía desde el pijo para algunas, hasta el más horterera para las otras), ni los gustos musicales, ni los intereses culturales, hace tiempo que desistimos de ir todas juntas de concierto o al cine porque siempre había alguna a disgusto. Lo sé, somos un grupo muy raro. Inseparables pero contrapuestas.

Mientras me pongo a picar algo por la cocina me llega un wasap del grupo, es de Mónica. *En dos horas que tiemble la ciudad*, respondo con el icono de unos aplausos. Estoy hasta nerviosa como si no saliese en meses, que tontería, la semana pasada ya estuvimos todo el fin de semana juntas en la casa de Rita.

Organizo los papeles y meto otro par de cosas en mi mochila, mañana a estas horas estaré llegando al pueblo, mi nueva vida. Me voy de paseo con Oli, nuestro penúltimo paseo juntos, que pena por Dios, sino fuera por el largo viaje y porque mi tío lo quiere más que a mí, se vendría conmigo, “Es más obediente, más suave y nunca me lleva la contraria, ¿Cómo no le voy a querer más que a ti?”. Tiene razón y me alegro de que él se quede a animarles el verano.

Paseamos despreocupadamente durante media hora hasta que caigo en la cuenta de que en una hora tengo que estar en nuestro bar de encuentro. Carrera para casa. Aún estoy sola así que me permito un superlujo, música a tope (Oli se esconde en la terraza buscando la calma) mientras el agua caliente va cayendo desde mi pelo a mis pies centrándome en la noche de fiesta que me espera.

Hay que ver lo bien que cantamos todos en la ducha. No me entretengo demasiado, tengo la suerte de que mi pelo no necesite mucho para estar perfecto. Liso y con brillo. Salgo de la ducha y me voy secando mientras pienso en lo que me voy a poner. "Pantalones", pienso en voz alta, (cómodos, prácticos y seguros). Escojo una camiseta verde de tirantes y mi cazadora de plástico imitación de cuero azul marino. Me tiro un buen rato hasta que maquillo mis ojos, soy malísima en esto, tardo hasta el aburrimiento para cualquiera que me esté mirando. Justo diez minutos antes de la hora estoy lista, llaves, teléfono, dinero y a la calle. Justo estoy marcando el número de mi tía cuando los veo entrando por el portal. Les despido con un beso y un abrazo rápidos y las consabidas recomendaciones como padres míos que son: "Cuídate, no tardes mucho y no hagas lo que yo no haría". Les quiero muchísimo, aunque aún recuerdo lo que me costó hacerlo.

"Puerto del Ritmo" comienza la noche. Soy la cuarta en llegar y por lo que veo ya han caído las primeras cervezas. "Último día para mi nueva vida", les grito antes de sentarme, nos abrazamos y comienza lo divertido. Lo primero es ponerse al día porque no nos hemos visto entre semana, curro, estudios, novedades varias sobretodo de amoríos. Cuando llegan Sofía y Sofi ya nos pisamos la palabra para hablar. Nuestras salidas llevan años comenzando igual, el mismo bar, la misma mesa reservada, llevamos viniendo desde que comenzamos a salir juntas desde los 15 años. Siempre me he preguntado porque no nos aburríamos de repetir, quizás sea porque respetamos al máximo este ritual, tanto que no somos capaces

de salir sin empezar desde aquí, tampoco vienen nunca otros amigos que tenemos y mucho menos nuestros novios. Nos conocen como las 7 fantásticas.

La rutina comienza con una partidita de cartas, mus o tute según se tercie, nos enseñó el abuelo de Sofía cuando teníamos 13 años y ese verano no hicimos otra cosa más que cartas y piscina. Creo que somos bastante buenas, pero solo jugamos entre nosotras de modo que tampoco tengo con quien compararnos. Dos horas más tarde nos ponemos en marcha dejando atrás bastante vidrio vacío, yo me tambaleo ligeramente al caminar y eso que soy de las que mejor va. Ahora es cuando Mónica se lamenta como siempre de beber tanto estando sentadas.

Nos movemos por la zona de bares y discotecas, vamos saludando a amigos y conocidos, nos perdemos y encontramos, por esta zona es difícil que el grupo vaya siempre unido. Vamos tanto a bares para tomar una copa y poder charlar como a los que no se oye ni una palabra y bailamos lo que nos pongan. Por casualidad nos encontramos con un amigo que nos dice que ponen un concierto al otro lado de la ciudad, es un local al que no solemos ir nunca, pero los grupos que van a tocar nos gustan y además nos acaban de regalar las entradas. ¿Cómo decir que no? Pillamos el bus nocturno lleno de gente como nosotras que se desplaza de zona en zona.

Son las 3 de la noche, el concierto es genial, cantamos a voz en grito todas las que nos sabemos o bailamos abrazadas haciendo un bloque, a estas horas normalmente otros fines de semana ya estamos desperdigadas, unas porque ligan y marchan, otras porque prefieren bares distintos o gente distinta y otras se agotan y se van a casa pronto, creo que lo hacen por mí y se lo agradezco, está siendo una noche genial.

Dos horas de concierto más tarde, tan estimulante como agotador, estamos a punto de marchar de allí, queda poca gente por eso soy capaz de ver al otro lado de la sala a una guarra encima

del capullo de mi novio, bueno lo veo yo y las 5 que vienen conmigo y que se fijan en la dirección de mis ojos que echan chispas. El primer impulso es ir y meterles un puñetazo a cada uno, a una por guarra y hortera y al otro por cabronazo y traidor. Sofía me agarra pensando que lo voy a hacer, pero un milisegundo más tarde pienso que no merecen la pena ni él, ni ella, ni nada que me estropee esta fantástica noche con mis amigas, mi última noche de fiesta aquí. Nos vamos de allí como si no hubiésemos visto nada. El golpe se lo ha llevado mi orgullo, no mi corazón. Alex era un chico sin muchas pretensiones, divertido y agradable, pero por lo visto nada de fiar. Página pasada.

El cabreo que después de marchar a mí se me ha pasado completamente a ellas les crece por momentos en el camino en bus, voy escuchando paciente todos los adjetivos calificativos que se les ocurren, creo que cuando acaba el viaje no las ha faltado ni uno solo de la lista de los más despectivos. Es lo que tiene la noche que todo se magnifica. La amistad al cuadrado y el odio al cubo. Las escucho con una sonrisa, sé que lo hacen por animarme, por apoyarme, pero no soy capaz de convencerlas de que ya pasé página, de que no me importa en absoluto. Al día siguiente viajaré cientos de kilómetros poniendo tierra de por medio durante una larga temporada, voy a empezar una nueva etapa de mi vida y cuanto menos equipaje lleve más ágil comenzaré. Laura y yo nos desviamos en el camino, somos las únicas que vivimos en este barrio, son las 5 de la mañana y a pesar del cansancio y el frío de la noche aún nos quedamos otra media hora hablando en su portal. “Yo me liaría con el primero que se me ponga a tiro, por lo de la mancha de mora, ya sabes”, me dice muy seria pensando que yo no quiero reconocer lo que me han afectado los cuernos. “No, Laura, esto es lo mejor que me ha podido pasar para marchar libre, sin interferencias, sin distracciones”. “Sin sexo”, me añade ella, no sabría decir si asintiendo o lamentándolo.